

Mirando la democracia desde abajo: el movimiento popular (o las materialidades sociales) en la experiencia de democratización

Looking at democracy from below: the popular movement (or social materialities) in the experience of democratization

Jerónimo Pinedo

jpinedo1137@gmail.com

Universidad Nacional de La Plata, Argentina

Recepción: 06 Octubre 2023

Aprobación: 21 Noviembre 2023

Publicación: 01 Diciembre 2023

Cita sugerida: Pinedo, J. (2023). Mirando la democracia desde abajo: el movimiento popular (o las materialidades sociales) en la experiencia de democratización. *Aletheia*, 14(27), e177. <https://doi.org/10.24215/18533701e177>

Resumen: El artículo propone revisar la “transición democrática” desandando la conceptualización que identifica dicho proceso como el paso de un régimen a otro, de uno autoritario a uno democrático. La propuesta de “mirar desde abajo” la democracia y la democratización, como algo que no fue dado sino que tuvo que ser hecho, supone la pregunta acerca de con qué materialidades sociales está hecha esa experiencia. Así, a partir de la recuperación de las ideas que sobre el tema se despliegan en el libro *Zona Sur*, se propone una problematización del proceso de democratización que encarna en la acción colectiva popular, en lugares específicos. Desde esas premisas conceptuales, el texto aborda las continuidades y los cambios vinculados con el fin de la dictadura. Por otro lado, se problematizan los vínculos del movimiento popular con el de Derechos Humanos. Finalmente, se mencionan algunas posibilidades de establecer diálogos con el presente.

Palabras claves: Democratización, Movimiento popular, Transición democrática.

Abstract: The article aims to revisit the “democratic transition”, moving away from the conceptualization that identifies this process as the passage from one regime to another, from an authoritarian to a democratic one. The proposal to “look at democracy and democratization from below”, as something that was not given but had to be achieved, implies the question of what social materialities this experience is made of. Thus, from the recovery of the ideas on the subject that are deployed in the book *Zona Sur*, we propose a problematization of the democratization process embodied in popular collective action, in specific places. From these conceptual premises, the text addresses the continuities and changes linked to the end of the dictatorship. On the other hand, the links between the popular movement and the Human Rights movement are problematized. Finally, some possibilities of establishing dialogues with the present are mentioned.

Keywords: Democratization, Popular movement, Democratic transition.

PRESENTACIÓN

Laura Lenci, Leandro Sessa y Roberto Pittaluga me han acercado extractos de las desgrabaciones de aquella amena jornada que tuve la suerte de compartir con la colega Alejandra Oberti, el propio Roberto y Rocío Miranda Ruscitti, como representante de graduados de historia. Sobre esos materiales me propongo, por un lado, enmarcarlos en una presentación general y, por otro, ordenar algunos fragmentos de mi intervención para mantener el espíritu de aquella conversación que convidaba a “mirar desde abajo las experiencias de democratización de la historia argentina reciente”.

Al mismo tiempo, se me solicitó en esa instancia que pudiera vincularlo con mi trabajo de investigación publicado en el libro *Zona Sur. Urdimbres de la acción colectiva popular en el Gran Buenos Aires 1974-1989*, trabajo que se nutrió de largas conversaciones con Laura y Roberto en distintas etapas del mismo, y que a su vez, una vez convertido en libro, contó con un generoso prólogo escrito a cuatro manos por ellos. En cierta manera, era una invitación a continuar una conversación que siempre se reinicia acerca de fuentes, acontecimientos, procesos e interpretaciones, sumando a nuevos e interesantes interlocutores. Como sabrán los lectores, la escritura académica no es el género adecuado para hacer justicia con el peso subjetivo de una conversación. Siempre creí que esta última es la práctica más relevante de la vida intelectual de cualquier individuo (y su colectivo o comunidad), pero al mismo tiempo es la que cuenta con menos reputación y más dificultades para traducirse en un crédito del sobre-profesionalizado mundo académico. Muchas veces relegadas a la sección de los agradecimientos, esas conversaciones son al estudio y a la reflexión lo que las mareas a los océanos, el principio mismo de su movimiento, poderosas fuerzas que movilizan múltiples energías y modelan todo el paisaje y el modo en que conocemos ese paisaje. Lo que sigue no son ideas ni hipótesis cerradas, sino condensados de esa conversación que aún mantenemos abierta.

Retomando y ampliando aquella conocida reflexión de Reinhart Koselleck acerca de los conceptos y qué implica hacer su historia, en un artículo bastante reciente, Marina Farinetti sugiere que si según la visión del historiador alemán hay conceptos en la historia que son su condición de producción, en la medida que resumen un lienzo completo de la experiencia histórica y poseen una estructura temporal que les otorga un principio de movimiento, también deberíamos investigar la estructura sociológica de esos mismos conceptos a la que define como “el registro, la preservación y la transformación en relación con colectivos y formas organizativas” que le dieron carnadura, y “fueron amalgamando y al mismo tiempo contribuyendo a su producción” (2020: 94). Me gustaría partir de esta original propuesta de Farinetti para retomar en un breve texto aquella conversación que mencioné un párrafo más arriba. En efecto, si vamos a mirar desde abajo la democracia y la democratización como algo que no fue dado sino que tuvo que ser hecho, deberíamos preguntarnos con qué cosas, con qué materialidades sociales está hecha esa experiencia de democratización.

En primer lugar explicitemos y despejemos aunque sea sucintamente, y quizá con algo de injusticia, un primer obstáculo que quedó alojado en ciertas sociologías políticas de los ochenta y noventa, donde se impuso, e impusieron, una noción de democracia en tanto régimen. Es la idea que aún se reproduce en múltiples trabajos acerca de que la democracia tuvo un año cero, un origen básicamente centrado en un cambio de reglas, de aceptación de esas reglas y nuevos (o recuperados) actores que protagonizaron ese cambio y esa aceptación. Complejidades al margen, es la idea del paso de un régimen político autoritario a un régimen político democrático, que es en definitiva *la transición*, para el caso argentino por muchos considerada “corta”, de un sistema autoritario en colapso a un sistema democrático en construcción. Esta mirada, que es la de los actores político institucionales y al mismo tiempo desde arriba, tiende a suponer una temporalidad lineal de una etapa a otra que incluso podría organizarse en un cronología progresiva y simple. Se trata de un tiempo corto, breve y unidireccional como si fuera un puente que simplemente lleva de una orilla a otra. Todos a su turno si quieren llegar a la otra orilla tienen que pasar por el mismo puente en la

misma dirección. Sin embargo, si uno piensa ya no la transición, si no *la democratización*, esa linealidad se rompe en diversos pasajes, en múltiples direcciones y niveles. En un proceso cuyos límites espaciales y temporales no se pueden predefinir teóricamente sino que es necesario “movilizar un conjunto de experiencias vigentes a largo plazo que yacen almacenadas y sintetizadas en estratos semánticos formados en diversas experiencias históricas. [...] sin reducción a procesos lineales” (Farinetti, 2020: 116). Creo que es aquí entonces, donde se vuelve metodológicamente relevante *mirar desde abajo*, o si se quiere, haciendo un módico desplazamiento, mirar desde las tramas sociales involucradas en ese proceso que denominamos democratización.

En segundo lugar, ahora sí creo que contamos con otra tradición de estudios históricos y sociológicos más asociados al acercamiento etnográfico, y menos secuestrados por el canon politológico o la urgencia por definir el concepto adecuado de qué debería ser “democracia”, en los que podemos apoyarnos y en los que efectivamente me apoyé para escribir *Zona Sur*. Es una forma de trabajar si se quiere más lenta, más demorada, menos apresurada diría Vinciane Despret (2022), más vinculada a explorar antes que definir, las diversas modalidades de habitar esos territorios de la democratización. Pos-facto pienso que *Zona Sur* fue un modo de explorar esos territorios aliados a otros que ya lo habían hecho antes y que además requerirá de nuevas exploraciones que nos permitan componer una mirada más rica de ese proceso.

En lo que respecta a las clases populares y mi trabajo sobre la acción colectiva popular en el Gran Buenos Aires durante la dictadura y los primeros años de la democracia, hay algunas cosas que me gustaría dejar planteadas, al menos como notas que podrían ser retomadas y ampliadas en otra ocasión. En primer lugar, creo que es necesario repensar la participación de las clases populares en el proceso inacabado (y siempre en riesgo) de democratización social y política de la Argentina. Al menos en dos sentidos, uno social y otro espacial. En el sentido social me parece importante postular un margen de autonomía y agencia histórica de las clases populares, cuando digo agencia digo capacidad de acción sobre el curso de la historia, sin que necesariamente esas acciones sean romantizadas, ni idealizadas, ni demonizadas. Simplemente describir y analizar esas agencias, que creo, fueron múltiples. En segundo lugar, me parece que para poner de relieve esas agencias es necesario relativizar las definiciones políticas moderno-céntricas y tratar de observar y describir cómo enfrentaron los gobernados durante la dictadura y los primeros años de la democracia diversas situaciones donde su vida en común fue puesta en juego. Si vamos a rastrear formas y prácticas políticas en las clases populares no deberíamos esperar definiciones canónicas de la democracia, es decir que aparezcan en la vida popular expresiones adecuadas a una teoría democrática sea esta formal o sustantiva, socialista o liberal. Lo que probablemente encontremos son formas específicas que articulan la “vida popular” que muchas veces se presenta como vida directamente “social y/o comunitaria” de las clases populares que pueden impulsar procesos de transformación y cambio de una situación específica. Creo que por otra parte, estas cosas se ven mejor en la escala del “lugar” casi en el sentido literal (donde las personas habitan, viven, trabajan, se vinculan o se desvinculan, se unen o se separan) pero también en el sentido conceptual “un sitio específico ligado a una red de acciones e interpretaciones sociales”. Si la sociedad no está en la cabeza de un alfiler, mucho menos lo están las clases populares donde muchas veces la (des) localización es un proceso forzado por fuerzas estructurales y la producción de localidad la contracara de ese proceso. Por eso creo necesario una geografía histórica de la acción colectiva popular. Si partimos de acá, entonces sí podríamos pensar que hay vida política democrática siempre y cuando no esperemos encontrar en el vocabulario de las clases populares la palabra *democracia* o al menos suponer que ésta tendrá un significado estable y unilateral como esperaríamos de un manual de definiciones de conceptos políticos. Con respecto al momento específico de la historia argentina que estudié en *Zona Sur*, creo que modificó mi percepción sobre lo que entendía por transición a la democracia a partir de mi formación en los textos canónicos de la sociología política argentina. Creo que los años 1980 y 1981 requieren mayor atención. Hay que recordar que fueron años de crisis

económica y social. Ahí se fueron gestando formas de reunirse, juntarse y actuar juntos que, sin hablar de la democracia como noción o concepto, implicaron movilizar nuevas energías que podemos considerar “democratizantes”, incluso en formas no directamente políticas que implicaron reunir, activar, movilizar. Esto abre muchos interrogantes que van desde lo metodológico a lo teórico. ¿Cómo captar estos procesos moleculares? ¿Con qué fuentes, con qué archivos, con qué testigos, etc.? ¿Todo esto nos llevaría a repensar la carga semántica del concepto de democracia como concepto histórico, cómo noción específicamente “argentina”, por así decirlo? Es decir, ¿cuál fue el registro etnográfico de la política y la democratización? ¿Qué era la política para esos actores inmersos en esos procesos? Creo que estas preguntas empiezan a abrirse camino en la medida que la democracia de la pos-dictadura entra en el registro de aquellos dedicados al estudio de la “historia reciente”, pero no se debería dejar a un lado todo el trabajo de investigación etnográfico y sociológico de quienes estudiaron esto en “tiempo presente”, que podrían proveer de muchos indicios que atender, no sólo los que se hicieron en clave de “democratización de la sociedad civil”, sino incluso aquellos que rechazaron esa clave o fueron directamente indiferentes a la misma. Entonces desde ahí cobran relevancia eventos que estudié y que estudiaron muchos otros: misas, peregrinaciones, movilizaciones sindicales locales, ollas populares, radios abiertas, pequeñas publicaciones barriales y/o sindicales, agrupamientos de jóvenes, núcleos parroquiales, comisiones barriales, sociedades de fomento, ayunos, huelgas de hambre, vigiliadas y ocupaciones de iglesias, reuniones comunitarias de mujeres para combatir el hambre en sus barrios, etc. Durante un tiempo esos repertorios alojaron una parte importante del activismo popular de la época. También hay una pregunta histórica sobre esto, ¿qué pasado de ese pasado energizaba estos activismos y cómo? Siempre recordando que aquello que pasó, alguna vez fue expectativa y futuro. En fin, creo que hay muchas cosas que se recogen en *Zona Sur* que deberíamos seguir explorando. No lo veo como un trabajo acabado, más bien es una mirada específica sobre un período que requiere que componamos una mirada social y culturalmente más compleja que la simple cronología de las instituciones políticas formales. A nivel de producción de nuestras ciencias sociales creo que estamos en condiciones de construir esa mirada con lo que ya se hizo y haciendo nuevas investigaciones.

A partir de las siguientes secciones del artículo se reproducen fragmentos de mi intervención para pensar algunas cuestiones planteadas como ejes de la conversación. Por un lado, las continuidades y los cambios vinculados con el fin de la dictadura y los años de la llamada “transición democrática”. Por otro lado, los vínculos del movimiento popular con el de Derechos Humanos. Finalmente, algunas posibilidades de establecer diálogos con el presente. El texto respeta el registro de la oralidad, lo que permite (o intenta) recrear la escena del conversatorio.

CONTINUIDADES Y DISCONTINUIDADES EN LOS AÑOS DE “LA TRANSICIÓN”

Decía previamente que un elemento central de la propuesta de abordaje de la democratización desde una perspectiva desde abajo es la localización. Esto es relevante particularmente en el caso de las clases populares, porque las clases populares son localizadas por fuerzas estructurales. No es que eligen el lugar en donde están, hay fuerzas estructurales que transforman el lugar en donde están. Entonces, si uno piensa, por ejemplo, en las clases populares del Gran Buenos Aires, no se puede dejar de tener en cuenta que se está produciendo una transformación estructural del Gran Buenos Aires. Las áreas industriales están desapareciendo, las fábricas están cerrando. Y además se observa cómo cambian los niveles demográficos de municipios enteros del área metropolitana de Buenos Aires. Por ejemplo, Florencio Varela duplica su población en los años ochenta; también Moreno y todo lo que sería el tercer y el segundo cordón; Quilmes, también suma muchísima población. Es decir, hay una transformación muy profunda. Porque en los ochenta se combinan muchas cosas, no solamente lo político. Entonces el lugar está muy transformado si uno piensa cómo era Quilmes o

Berazategui en los años sesenta en torno a las fábricas y vuelve a mirar en los ochenta todo ese paisaje urbano. Por lo tanto, uno podría decir: "ahí hay rupturas", rupturas que son del orden estructural, que están cambiando el paisaje urbano de una manera acelerada.

En ese mismo marco por supuesto que hay tramas institucionales que se van tejiendo. Yo lo vi mucho, y tiene un peso importantísimo, en la cuestión de la iglesia y las diócesis. Uno ve ahora los municipios del Gran Buenos Aires y ve estructuras políticas más armadas (el mito de "los barones del conurbano"); pero eso no era así, era todo mucho más precario, más lábil, esas estructuras eran muy frágiles. Y la iglesia fue montando, sobre todo a partir de los años sesenta, un entramado institucional que le permitía en cierta manera operar en esos territorios con una lógica distinta e incluso salteando esas fronteras políticas. Las diócesis se crean cuando el Vaticano le da a un sacerdote, a un obispo, que es un sacerdote, porque los curas no lo son, un pedazo de tierra y le dice: "Esto es tuyo, tenés que gobernarlo, hacé lo que quieras...". No sé si "lo que quiera", pero un obispo tiene mucho margen para tomar decisiones con respecto a lo que pasa en ese territorio. Y en la iglesia, por supuesto, hubo sectores que controlaban la jerarquía que fueron muy recalcitrantes, cómplices de la dictadura, pero también dentro de la propia estructura se produjeron algunas renovaciones en clave de moderación, porque la iglesia tenía una preocupación, sobre todo con los obispos que se habían radicalizado. Entre el año 66 y el año 76 se crearon un gran cantidad de diócesis, y particularmente en el Gran Buenos Aires. La iglesia en algunos lugares donde la presencia popular era importante, significativa, donde las tradiciones sindicales eran de peso y había historia de movilización de esos sectores, tuvo una estrategia de poner a tipos que tuvieran cierta sensibilidad social, cierta capacidad de vincularse, por ejemplo, con los sindicatos. Por supuesto que procuraban que no fueran rojos, que no fueran Angelelli. Pero de hecho no se puede pensar el año 81 y el 82 sin el papel que tuvo la Pastoral Social en articular con el grupo de los veinticinco, con Saúl Ubaldini. Lo que sucedió fue que muchos presos sindicales que salían de la cárcel volvían a su casa, a la casa de la madre, a la casa de un tío. Volvían al mismo lugar y se encontraban incluso con aquellos con los que se habían enfrentado. Porque todo el año 74 o 75 fueron momentos de mucho enfrentamiento entre los propios activistas sindicales, en las fábricas. No fue un cuento de hadas, hubo un momento de mucha confrontación, incluso de mucha tensión entre los propios grupos de trabajadores. En definitiva el Barba Gutiérrez era eso, un dirigente, un trabajador. Volvió a Quilmes y ahí estas figuras oficiaron de protección o de reentrada a la trama política local, porque tenían un interés, y la iglesia también tenía un interés en abrirse un camino en lo que también percibían como vientos de cambio. O sea, después de haber tenido una posición absolutamente integrista también se repositionaban frente a lo nuevo que estaba pasando. Y, digamos, todos estos obispos vinculados a Pastoral Social, a la peregrinación a San Cayetano, fueron bastante activos en reincorporar a estos trabajadores y activistas sindicales de nuevo a esos lugares. Incluso con la resistencia de los patrones que no los querían reincorporar al trabajo, porque muchos de ellos quisieron volver a trabajar, o intentaron en cierta manera, sobre todo porque querían volver a militar sindicalmente. Entonces ahí no sé si hay una continuidad, pero sí hay estructuras, tramas institucionales que se estaban moviendo y que habilitaron algunas formas de activismo de dirigentes que tenían una historia anterior. Son, quizás, los menos conocidos, dirigentes que eran de base y que tuvieron un papel sobre todo en las luchas sindicales de los 80', que son importantes, y en nuevas cosas que sucedieron. Era nuevo para el activismo sindical que las fábricas cerraban, no era que cerraban un mes o había una cesantía, o despedían a unos compañeros porque eran "rojos" o porque estaban en una lista negra. La dictadura arrasó el activismo de los trabajadores industriales, aunque si uno lee los trabajos que se publicaron en "Clase obrera y dictadura", compilado por Luciana Zorzoli y Juan Pedro Massano, hubo huelgas, hubo movilización obrera, hubo resistencia. Decía, muchos de esos trabajadores y activistas que regresaban formaron parte durante los años ochenta del intento de recuperación de seccionales sindicales, algunos tuvieron éxito y otros fracasaron. Lo hicieron en el marco de la ley de democratización sindical, la famosa ley Mucci, que en realidad era un invento

del radicalismo para disputarle al sindicalismo peronista. Y estos sectores, muchos de tradición peronista, aprovecharon la volada para disputarle los sindicatos a los ortodoxos que se los habían quedado. Ahí puede haber una continuidad pero en una situación totalmente nueva porque, como decíamos, las fábricas cerraban, entonces empiezan las primeras comisiones de desocupados, las ollas populares en las puertas de las fábricas, incluso las primeras fábricas recuperadas, como las metalmecánicas de Quilmes. Es un momento bisagra donde también se van inventando nuevas cosas. La gente que investigó en los 80', Zulema Aristizabal e Inés Izaguirre, por ejemplo, se preguntaban qué de las formas organizativas de la década del 60 y 70 persisten en las ocupaciones de tierra de los 80'. ¿Hay comisiones de delegados? Si, persisten las comisiones de delegados, que fueron tan importantes durante las luchas obreras de los setenta en las ocupaciones de tierra de los 80'. Pero me parece que en parte la continuidad eran ellas mismas haciéndose esa pregunta. Porque probablemente muchos de quienes participaban de ese proceso no habían pasado por experiencias sindicales o lo habían hecho muy limitadamente, eran otros sujetos o eran sujetos muy transformados en un contexto transformado. Esa continuidad lineal entre obreros desplazados que ahora organizaban el territorio es un poco más dudosa, no creo que haya sucedido. Pero en el caso de las ocupaciones de tierras en zona Sur, la presencia de curas de larga trayectoria vinculados a la iglesia del pueblo o a sectores de izquierda de la iglesia es importante. Ahí se dan algunas particularidades del lugar, por eso pienso que es importante el lugar porque en este caso en particular, es el modo en que la diócesis reordena la tarea de sus curas y a los más complicados los manda lejos, los saca del centro para que no hagan lío, para que el resto de la feligresía del centro no se escandalice porque dan misa en camisa y no usan sotana, lo que finalmente termina siendo influyente. Entonces los mandan a los barrios que están naciendo, a los barrios que están empezando a surgir. Y ahí se dan situaciones contingentes que reúnen a esos actores y generan esas experiencias. Por lo tanto, no es que todo se perdió, pero tampoco se pasa de una cosa a la otra como si no hubiera pasado un vendaval. Y hay otra cosa más que me parece relevante a la hora de pensar la democratización desde abajo que tiene que ver con lo histórico-espacial y que nos podría llevar a interrogarnos acerca de si la democracia en las periferias se experimentó de una manera distinta a cómo se experimentó en el centro.

EL MOVIMIENTO POPULAR Y EL DE DERECHOS HUMANOS

Me permito invertir el eje y plantear de qué se nutrió el movimiento de derechos humanos. A mí no me dejan conformes las respuestas que tenemos a mano. Diría, provisoriamente, sólo provisoriamente, que si los derechos humanos dieron una nueva vida al activismo en la transición y fueron un nutriente importante por varios elementos, también tuvieron esa potencia porque pudieron conectar o imantar elementos populares que "estaban sueltos" pero que seguían teniendo una energía utilizable. Yo trabajé el lado religioso en Zona Sur, pero creo que hay que buscar en más lados y más cosas, sobre todo en las menos grandilocuentes.

Mi planteo sería anterior al aspecto organizacional. Yo me pregunto más bien por las redes: ¿cómo se configuraron esas redes? ¿De qué se nutrieron? ¿Con qué materialidad social se armaron? Por supuesto que hay organismos que tienen tradiciones más vinculadas a profesionales, a formas de activismo transnacional. Pero yo digo sobre todo organizaciones y movimientos que tuvieron una raíz más popular. Madres, Familiares incluso, SERPAJ, el Movimiento Ecuménico por los Derechos Humanos, la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos en la periferia. Estas organizaciones se nutrieron en muchos casos de formas y de activismos que venían del mundo popular, donde el mundo popular no era en los 80' lo que es ahora. Eso me parece que es importante entenderlo. En el mundo popular, sobre todo en el área metropolitana, la amalgama entre los pobres, los trabajadores y los sectores medios era mucho más intensa. Si uno va a Ciudad Evita, por ejemplo, se da cuenta porque incluso quedan los rastros edilicios de esa policromía, de esa mesocracia; es una zona que era lo popular en los ochenta, una mezcla. Pablo Pimentel

vivía en una casa en Ciudad Evita, también Denis Merklen, había milicos que vivían en ese mismo lugar, Lili Galeano no vivía ahí pero tomó unas tierras enfrente de Ciudad Evita. Pablo Pimentel es una figura importante de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos de La Matanza, se solidarizó con los que estaban ocupando las tierras enfrente de su casa. Eso le costó que los vecinos de Ciudad Evita le prendieran fuego el auto. Y ahí se encontró con Lili Galeano. O sea, había una amalgama que permitía esos vínculos. Yo creo que el movimiento de los Derechos Humanos se nutrió de algo de eso. Uno puede pensar la trama política, puede pensar la trama organizacional, pero también hay algo así como la trama comunitaria, la vida social, donde me parece que sí hay una particularidad de la cultura popular argentina, por lo menos hasta los noventa, que es la relevancia que tienen las formas mínimas de solidaridad, de vecindad, elementos de la sociabilidad que en esa trama comunitaria adquieren un valor, una relevancia que incluso a veces pasa desapercibida para la trama organizacional y para la trama política. Y yo encuentro mucho en Madres, o en algunas madres, ese tipo de cosas. Es decir, darle relevancia a los pequeñísimos grupos, a los pequeñísimos encuentros. Se puede mencionar, por ejemplo, el papel que tuvieron muchas madres buscando activamente el vínculo con otras madres de la periferia para encontrarse en parroquias e ir a la peregrinación a Luján. Hacían cosas extraordinarias, pero también lo hacían dentro de una trama de sociabilidad que es ese mundo popular, en el sentido amplio del término, no en el sentido de las clases más bajas, porque en general ahora cuando decimos popular decimos "lo que está más abajo". Yo me refiero más bien a las intersecciones y las mixturas. Por supuesto que también me parece que el movimiento de los Derechos Humanos se nutrió de muchos lenguajes y pudo darle a diferentes lenguajes una impronta. Porque las madres hacían una peregrinación pero después le mandaban una carta al obispo con una lengua filósísima. Entonces yo creo que esa lengua filosa animó a otros a ser filósofos. Así que ahí sí me parece que el movimiento de Derechos Humanos activó formas de solidaridad o un nuevo marco, probablemente el marco del lenguaje de derechos y el lenguaje de la vida, que me parece que es central, de la protección de la vida que energizó fuerzas populares que estaban un poco más dispersas.

PASADO Y PRESENTE

En cuanto a los movimientos populares diría que hoy la fragmentación, la segmentación y la estratificación al interior de las clases populares es una configuración social consolidada que la diferencia mucho de las clases populares de los ochenta e incluso de los noventa. Quiero decir que la estructura de clases es distinta e impacta en la organización de la clase. La relación del Estado con las clases populares también cambió muchísimo, para bien pero también para mal. Hay más deterioro social en algunos casos, hay menos lazos organizativos en otros, hay otras agendas de problemas: la violencia (de género, de transgénero, generacional, etc), la inseguridad, el hambre, el trabajo, la educación de los jóvenes, la droga, el encarcelamiento, la cultura religiosa, etc. Todo intento de construir debería ser desde ahí. También hay más dependencia de lo que hace, no hace o hace mal el Estado. Es un Estado que está a su vez estratificado, desarticulado y da lugar a una experiencia de estatalidad que en los sectores populares en general no se articula en el lenguaje de las garantías. El Estado no es sólo o esencialmente un garante de derechos. Hay que poder entender esa experiencia de estatalidad para construir. También hay que entender la trama comunitaria (que en muchos lugares está desgastada), que no es estrictamente la trama organizacional. Las relaciones entre lo organizacional y lo comunitario no se dan perse sino que requieren de mucha energía de actores, redes, activistas, que en general están tan golpeados como sus compañeros de clase. Hoy también daría la impresión de que hay cierto ahondamiento de las distancias y separación de los activismos por clase, como si el policlasismo característico del movimiento popular hubiera entrado hace tiempo en baja intensidad. Yo creo que el pasado al que hay que remitirse no es tanto el de los ochenta como el de los noventa, donde los procesos de auto-organización

micropolíticos tuvieron un papel innovador y fertilizaron el terreno para lo que vino después. Cuando digo autonomía no digo sólo autonomía organizacional, sino también cierta autonomía del pensamiento político colectivo o grupal frente al discurso del jefe o la jefa, y donde los recorridos que trazaba el activismo les permitía transitar por diferentes paisajes sociales. No estamos en un momento apropiado para jefaturas políticas, estamos para experiencias más colectivas. En eso los ochenta pueden ser un especie de cantera donde ir a buscar herramientas o al menos relatos y experiencias de cómo construir sin el Estado, contra el Estado, al lado del Estado, dentro de un pedacito de Estado, sin jefes, contra el jefe, al lado del jefe. Volver a buscar la politicidad de la relación entre los pares, y no tanto en las adhesiones verticales. Diría que los ochenta con ese "volver a reunir y a reunirse" puede ser un impulso a retomar.

Para mí el principal problema es la absorción de la política en la superestructura y la dependencia infantil con el jefe. Volvimos a un príncipe que interpreta a Maquiavelo de modo literal y antigramsciano (empezamos con esto en el 2011 y fue un grave error), creemos que el príncipe es el jefe y no que los príncipes actuales tienen que ser construcción colectivas con más mito que programa. Hoy el mito lo tiene la derecha ("Libertad") y nosotros no podemos darle un mito a la democracia que una, articule y canalice las energías en una acción transformadora. Nadie puede creer en un programa y mucho menos que eso surja de la inventiva de la clase dirigente que nos trajo hasta acá. En los ochenta la democracia fue un mito movilizante, hoy no parece tener esa misma energía. Todo esto que estoy diciendo es discutible, por supuesto. Pero justamente se trata de eso, de discutir más, de hablar menos a partir de sobre entendidos (uno muy típico es el Estado como sinónimo de garante de derechos, sin hacerle las preguntas sociológicas pertinentes) y clichés identitarios. Es decir, un punto de partida hoy puede ser no pensar la política de mi colectivo, sino desde mi colectivo discutir TODA la política.

REFERENCIAS

- Despret, V. (2022). *Habitar como un pájaro. Modos de pensar y hacer los territorios*. Buenos Aires: Cactus.
- Farinetti, M. (2020). Democracia y trabajo en los movimientos populares. Apuntes para una sociología de conceptos fundamentales, *Conceptos Históricos*, 10, 92-119.
- Pinedo, J. (2022). *Zona Sur. Urdimbres de la acción colectiva popular en el Gran Buenos Aires (1974-1989)*. Los Polvorines: Editorial de la UNGS.
- Zorzoli L. y Massano J. P. (2021). *Clase obrera y dictadura militar en Argentina (1976-1983). Nuevos estudios sobre conflictividad y cambios estructurales*. North Carolina: *A Contracorriente*.